

rebros humanos. Tan sólo cuando se abandonó la concepción dualista—legado de las edades oscuras de la medicina—, se comenzó a comprender los desórdenes mentales del hombre y a saber cómo tratarlos.

La medicina moderna hiere así a la doctrina cristiana en su raíz misma.

Porque si el hombre es verdaderamente mortal, si con la muerte termina todo, *si el alma humana no es más que la manifestación del cerebro vivo*, como la luz y el calor son las manifestaciones de una barra de acero incandescente, no puede haber resurrección de los muertos.

*El hombre tiene el germen de la inmortalidad en sí, pero esta inmortalidad no concierne al individuo sino a la especie.*

---

Sigue aquí en el original un intento de construcción filosófica, una especie de profesión de fe nueva o credo, «destinado a evolucionar y transformarse en la medida misma en que el conocimiento evolucione y se transforme», destinado, por consiguiente, a hacerse trizas de nuevo, a poco andar. Tal credo es en realidad—la cosa se ve claramente—una simple reminiscencia de la infancia. Antes de formularlo, dice el autor con su lucidez habitual:

Si los hombres piensan, como yo lo creo, que *la tierra actual es el cielo*, el único cielo, se esforzarán por hacer de ella un paraíso, una mansión celestial.

---